



TRANSPARENCIA

Es mayo. Mientras el oficiante, hermano de él, recita un haiku de Bashô, una piragua se ha puesto a la altura de las cabezas de los novios, detrás, surcando silenciosa la orilla. Acaban de sentarse, han llegado de la mano, andando por una alfombra de arpillera que termina en la arena, casi tocando el mar, que hoy está tranquilo. Hay flores silvestres y margaritas, y unas cuarenta sillas con sus familiares. Aún les sudan las manos. Sonríen. Cerca hay bañistas que miran curiosos y luego se zambullen. Los asistentes tienen abanicos en los que los novios han escrito haikus.

En la ceremonia sus familias, y ellos, hablan de tortillas de patatas, de agua fresca, de pecas, de alegrías. Cuando habla la madre del novio pasan dos gaviotas. Hay palabras para el hermano que falta. Luego se escenifica un cuento: la que armó un beso, el beso de los novios. Y los invitados se disparan pistolas de agua, tiran sus gorros al aire y terminan besándose, todos, no solo los novios.

Hay armonía entre la arena, las flores silvestres, sus vestidos, la alfombra y sus rostros; entre los azules y la mirada de la novia.

**se han casado:
el azul del mar, del cielo
y de sus ojos**

Se escucha el balbuceo alegre de un bebé, es el nieto de él. Y a la vez llega una pequeña brisa que trae un cierto olor a especias, ¿de dónde vendrá? ¡De la cocina!